

Rafael Villaseca  
BLASCO IBÁÑEZ Y LA ÚLTIMA BARRACA VALENCIANA  
(*Blanco y negro*, 12-2-1928)

En nuestra galería de recuerdos del paisano glorioso, ninguno tan dulce y de tan fresco aroma como el de aquel momento... El más bello tal vez ocurrido durante las fiestas con las que Valencia celebró el retorno triunfal del gran valenciano tras de su consagración en Norteamérica y la expansión victoriosa de su nombradía por el mundo.

Fue una tarde en la que vistieron de día de fiesta a una humilde barraca valenciana. La adornaron con guirnaldas de adelfa; la coronaron con ramas de murta y de naranjo, emplazaron en ella un sitial revestido de una hermosa seda valenciana y, por fin, bajo el cielo azul de la tarde de primavera, la humilde barraca, la última barraca del Cabañal, vio venir, asombrada, una lujosa cabalgata, que se detenía ante su puerta. Igual que en sus buenos tiempos, cuando por los caminos huertanos veía aparecer los vistosos cortejos de bodas y bautizos, la comitiva era rica y lujosa. Sobre soberbias cabalgaduras iban los corredores de cintas y de pañuelos, y las parejas de labradores y labradoras, mientras en la puerta de la barraca aguardaba el grupo endomingado de las sirvientas, con ramos de flores en las manos y con bandejas llenas de las buenas golosinas del país.

El que llegaba hasta ella como un príncipe de leyenda era Blasco Ibáñez, que, entre las visitas del triunfal retorno, no quiso olvidar la de la barraca, su amable y juvenil inspiradora de antaño. Venía a pagarle con su visita una deuda de valenciano y de artista. Y desde el sitial, sobre la tribuna, el Blasco emocionante de la encendida palabra y el periodo alado, habló.

Con el contento gustoso del que cuenta en familia sus andanzas arriesgadas y sus alegres victorias; ante las innumerables *Rosetas y Pepetas, Pimientos y Batistes* de su propia *Barraca*; ante las buenas gentes cabañaleras de su *Flor de Mayo*, que le oían embobadas y absortas, el escritor valenciano contaba sus aventuras, sus luchas y sus éxitos por el mundo, revelando á los hermanos humildes, súbitamente transfigurados, cómo por su esfuerzo y por su arte la barraca y la barca, el cañaveral y el huerto de naranjos tenían vida y ser en los más lejanos países, y el tío Tomba y la tía Picores seguían exclamando, entre las páginas de extraños idiomas, sus *ches, sus redemonis* y sus clásicos apostrofes intraducibles... A la barraca le quedaban pocos años de vida y había que festejar a la abuela. Por ley natural la descendencia había mejorado. Era todo aquel caserío pulcro y alegre que ahora agobiaba y arrinconaba a la vieja vivienda. Mas no por ello la ciudad y sus hijos gloriosos iban a ser ingratos con ella... Y una vez más

sonó la música y estalló la traca ante su puerta. Blasco Ibáñez hacía el elogio de la barraca próxima a desaparecer. Y nosotros, envueltos en el aire suave de la huerta, bajo el conjuro de la mágica palabra de Blasco, nos pusimos a recordar la página del maestro predilecta y querida. Aquella en la que un *albaet*, un niño huertano, muere asistido por la pena y el remordimiento de todos. Como en aquel entierro del *albaet*, que Blasco supo escribir con lágrimas, Valencia despedía a su barraca, y un hijo suyo predilecto, venido de lejos para su gloria, le cerraba los ojos a la abuela...

¡Venturoso Blasco! Por encima de los dones y bondades que la vida y la Naturaleza fe prodigaron, gozó siempre la doble felicidad de su amor por el país natal y del amor del país natal por él. A despecho de ausencias y distancias, de luchas y pasiones, el maestro adoró siempre a Valencia, y Valencia le adoró a él. Nunca le faltó el amor del país para confortarle en sus ausencias y acompañarle, en sus soledades. Ese amor del país natal, que por angélico y divino siempre acude a cerrarnos los ojos, como ha hecho con el maestro, haciéndole decir cuando estaba muriéndose: «Quiero que mi jardín se parezca a Valencia, a mi Valencia, y que todo en cualquier instante me recuerde el olor y el color de mi tierra».